

# La angustia que no engaña y la que engaña

## *The anguish that does not deceive and the one that does*

Por David Andrés Vargas Castro<sup>1</sup>

---

### RESUMEN

El presente texto tiene como propósito interrogar la afirmación lacaniana de la angustia como afecto que no engaña. Para tal propósito, iniciaremos revisando las últimas elaboraciones freudianas sobre la angustia localizables en el texto “Inhibición, síntoma y angustia”, para luego ubicar en el seminario *La angustia* ciertas coordenadas allí desarrolladas por Lacan, como es la de la angustia como señal de lo real, su relación al objeto *a*, al falo y al fantasma; así como la propuesta de fin de análisis más allá de la angustia de castración. Posteriormente, propondremos que en Lacan podemos ubicar dos modos de presentarse la angustia: una, que engaña, en su articulación al fantasma y a la angustia de castración; otra, que no engaña, en consonancia con el significante de la falta en el Otro en términos de desamparo. Finalmente, ubicamos algunas consecuencias para la práctica analítica, al denotar la articulación del deseo del analista con la angustia vía el acto, y señalando que no distinguir en el análisis las dos manifestaciones de la angustia previamente denotadas, resulta engañoso para el analista al confundir la detención del análisis con su finalización.

**Palabras clave:** Angustia señal, Angustia traumática, Fantasma, Castración, Desamparo

### ABSTRACT

The purpose of this text is to interrogate the Lacanian affirmation of anguish as an affect that does not deceive. For this purpose, we will begin by reviewing the latest Freudian elaborations on anguish that can be found in the text “Inhibition, Symptom and Anguish”, and then locate in the Seminar *The anguish* certain coordinates developed there by Lacan, such as that of anguish as a sign of what it is real, its relation to object *a*, phallus and phantasy; as well as the proposal for the end of the analysis beyond castration’s anguish. Later, we will propose that in Lacan we can locate two ways of presenting anguish: first one, which deceives in its articulation the phantasy and the anguish of castration; another one, which does not deceive in relation with the signifier of the lack in the Other in terms of helplessness. Finally, we locate some consequences for analytical practice by denoting the articulation of the analyst’s desire with anguish by the means of the act, and pointing out that not distinguishing in the analysis the two previously denoted manifestations of anguish, is misleading for the analyst by confusing the stop of the analysis with its completion.

**Keywords:** Signal anguish, Traumatic anguish, Phantasy, Castration, Helplessness

---

<sup>1</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Magíster en Psicoanálisis y Doctorando en Psicología. UBA.  
Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Cátedra de Clínica de Adultos. Docente e Investigador. Facultad de Psicología UBA  
Universidad de La Marina Mercante (UdeMM) Técnicas de Abordaje e intervención en crisis, Docente e Investigador UdeMM.  
Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata (FARP)  
Autor de diversos artículos científicos. Buenos Aires, Argentina.  
E-Mail [vargascastro@yahoo.com.ar](mailto:vargascastro@yahoo.com.ar)

## La angustia que no engaña y la que engaña

“El objeto *a* es lo que todos ustedes son, en tanto están puestos ahí –cada uno aborto de lo que fue, para quienes le engendraron, causa de deseo. Y ahí es donde ustedes deben reconocerse, el psicoanálisis se lo enseña”.

Jacques Lacan, *El seminario 17. El reverso del psicoanálisis*.

### Introducción

El seminario *La angustia* de Jacques Lacan representa uno de los hitos en su enseñanza, dado que allí plantea lo que él consideró como su único invento: el objeto *a*.

Han sido varios los textos que se han escrito a propósito de este seminario, así como ha dado lugar a numerosos grupos de estudio, cárteles, jornadas y demás espacios de discusión entre colegas.

Sin embargo, considero que hay un punto que ha sido inadvertido, y que concierne a la lectura que realiza Lacan del texto freudiano “Inhibición, síntoma y angustia”. A lo largo del seminario, y teniendo en cuenta la distinción entre angustia-señal y angustia traumática, veremos el énfasis que el psicoanalista francés realiza de la primera, haciendo en contadas ocasiones mención a la segunda.

Podemos preguntarnos, entonces: ¿Qué hay de la diferencia freudiana entre “angustia señal” y “angustia traumática” en el seminario *La angustia* de Lacan? ¿Mantiene Lacan esta diferencia? De ser así, ¿por qué los lacanianos solemos hablar de “angustia” sin vernos en la necesidad de distinguir de cuál hablamos?

Estas preguntas, a mi criterio, encuentran su justificación en uno de los aforismos más usados, y el cual es fruto de este seminario: la angustia como afecto que no engaña.

El propósito del presente texto será dar cuenta de que tal aforismo sólo encuentra su pertinencia clínica si podemos distinguir, en las elaboraciones del seminario en cuestión, cuándo Lacan se refiere allí a la angustia como señal y a la angustia como traumática, aunque no realice esta diferencia explícitamente.

Destacaremos así que la angustia puede presentarse como afecto que no engaña en solidaridad al desamparo, pero también puede engañar funcionando como señal en articulación al fantasma.

### Antecedentes freudianos

Recordemos brevemente las elaboraciones de Freud en “Inhibición, síntoma y angustia”. Allí, reformula sus desarrollos previos en torno a la angustia, ubicando a la represión, no ya como causa de la angustia sino como consecuencia de ésta.

Describe a la angustia como algo sentido, un estado afectivo que tiene un carácter displacentero como sensación y que despierta respuestas fisiológicas, además de implicar acciones de descarga.

Dirá que el estado de angustia es “la reproducción de una vivencia que reunió las condiciones para un incre-

mento del estímulo como el señalado y para la descarga por determinadas vías, a raíz de lo cual, también, el displacer de la angustia recibió su carácter específico” (Freud, 1926, 126). Se destaca así tanto el factor cuantitativo como la remisión a una vivencia primaria de la cual dicho afecto sería su evocación.

Concerniente a dicha vivencia, dirá que, en el caso de los seres humanos, el nacimiento nos ofrece una vivencia arquetípica al respecto, de allí que nos inclinemos a ver en el estado de angustia una reproducción del trauma del nacimiento. De modo tal que la angustia se generó frente a un estado de peligro y, en lo sucesivo, se la reproducirá regularmente cuando un estado semejante vuelva a presentarse.

Se pregunta entonces qué es un peligro, dado que el bebé todavía no puede saber el riesgo de vida en cuestión, respondiendo que una situación de peligro es el aumento de tensión de necesidades sin posibilidad de tramitarlas vía el auxilio materno: “El niño no necesita guardar de su nacimiento nada más que esta caracterización del peligro” (Ibíd., 130), precisa Freud, en contraposición a Otto Rank quien consideraba que era necesario abreaccionar el recuerdo del nacimiento, con lo que Freud no estuvo de acuerdo ya que, en ese momento, no podemos hablar de un “yo”.

La situación de peligro va sufriendo diversos desplazamientos. El contenido de desvalimiento del nacimiento, se desplaza hacia la ausencia de la madre, dado que es ella quien puede evitarle tal peligro. Este desplazamiento, señala Freud, es un progreso en el pasaje de la producción automática y la producción como señal de la angustia. En ambos casos, éste afecto demuestra ser producto de un desvalimiento psíquico del lactante, correlativo de su desvalimiento biológico.

Luego del paso por el complejo de Edipo, se pasa de la angustia de castración a la angustia por conciencia moral, temiéndose entonces la pérdida de amor del superyó, lo que daría lugar a su ira, y por ende, desamparo. La angustia se presenta, entonces, como una reacción frente al peligro de la pérdida de objeto, teniendo similitud con la castración, dado que también allí se trata de una separación de un objeto del cuerpo propio.

Ubica dos posibilidades de emergencia de la angustia: una, desacorde con el fin, en una situación nueva de peligro; la otra, acorde con el fin, para señalarlo y prevenirlo. Dejemos indicado que esta supuesta pertinencia de una angustia en detrimento de la otra, vía la neurosis, se trastoca, dado que encontramos respuestas de angustia que, a nivel de la conciencia, en nada resultan acordes al fin.

Tenemos entonces: una angustia involuntaria, automática, económicamente justificada en cada caso, cuando se había producido una situación de peligro análoga a la del nacimiento; la otra, generada por el yo cuando una situación así amenazaba, a fin de movilizar su evitación. En este segundo caso, el yo se somete a la angustia como si fuera una vacuna, a fin de sustraerse, mediante un estallido atenuado, de una irrupción desbordada. El yo se representa, de esta forma, vívida-

mente la situación de peligro con el propósito de limitar ese vivenciar displacentero a una señal.

Si bien Freud diferencia entre angustia y miedo, diciendo que en la primera no podemos ubicar un objeto, además de tener un carácter de indeterminación; y en el segundo sí, precisa que la angustia tiene un inequívoco vínculo con la expectativa, es angustia ante algo.

Resulta provechoso para nuestra autopreservación, señala Freud, “no aguardar” –*abwarten*– a que ocurra la situación de desvalimiento, de allí que sea provechoso “estar esperándola” –*erwarten*– gracias a la señal de angustia. La angustia es, entonces, tanto expectativa del trauma, como una repetición amenguada de él. La situación de peligro es la situación de desvalimiento discernida, recordada, esperada.

También plantea diferencias entre lo que llama “angustia realista” y “angustia neurótica”, articulándolas al “peligro neurótico y el “peligro realista”. De éste último, dirá que es aquel del cual tomamos noticia, y angustia realista es la que sentimos frente a un peligro notorio de esa clase. Por el contrario, la angustia neurótica lo es ante un peligro del que no tenemos noticia, siendo el peligro neurótico un peligro pulsional. Precisa Freud que, cuando llevamos a la conciencia éste último peligro, se borran las diferencias con la angustia realista.

Freud aclara que para que una situación sea considerada como peligrosa, dependerá de la comparación que hagamos entre las fuerzas con las que contamos y la magnitud de la situación interpretada como peligrosa, siendo tal si concluimos que no contamos con lo requerido para hacerle frente, lo que es equivalente a una situación de desvalimiento: “De modo tal que la angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro” (Ibíd., 155). El yo, que ha vivenciado pasivamente el trauma, repite ahora de manera activa una reproducción leve de éste, con el propósito de poder guiar de manera autónoma su proceso.

Vemos entonces que distingue entre la angustia-señal, y la angustia automática. Esta distinción no debe entenderse como dos angustias, sino como dos modalidades de dicho afecto.

Finalmente, Freud se pregunta sobre la diferencia entre angustia y duelo. Se remite a la experiencia del lactante, quien, al divisar a una persona extraña, desencadena respuestas de angustia, así como de dolor. Esto ocurre porque, para él, la ausencia de objeto es una pérdida de objeto, no ha podido diferenciar entre una ausencia temporaria y una pérdida duradera. Gracias a los juegos de presencia-ausencia, se crea la madre como objeto psíquico, diferenciándose así la ausencia del objeto con la pérdida del objeto.

La diferencia fundamental entre duelo y angustia, precisa Freud, consiste en que la angustia tiene lugar frente al *peligro* de la pérdida de un objeto, mientras que el duelo ocurre frente a la *pérdida* de un objeto, de allí que diga que el afecto del duelo sea el dolor.

Igualmente, tengamos presente que otro de los textos de los que Lacan se servirá en el seminario *La angustia*

es el texto freudiano “Análisis terminable e interminable”. Allí, dentro de las diversas puntualizaciones que realiza en torno a la finalización, interrupción y reanudación de los análisis, Freud destaca un punto que considera como insuperable, la “roca de base”: la protesta masculina en el hombre y el deseo del pene en la mujer. Al arribar a este punto, manifiesta el creador del psicoanálisis, el analista debe reconfortarse con la convicción de haberle brindado al paciente toda la incitación posible para que revise y varíe su actitud frente a la castración.

Manifiesta, en estos términos, el infructífero esfuerzo por parte del analista en que el paciente traspase este punto en el análisis:

En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de “predicar en el vacío”, que cuando se quiere mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida. (Freud, 1937, 253)

### Algunas consideraciones del seminario *La angustia*

Detengámonos ahora en los desarrollos del seminario en cuestión que nos servirán para dar cuenta de la articulación entre angustia señal y fantasma, así como de la angustia traumática y desamparo.

Inicialmente, resaltemos que Lacan llama a su seminario “La angustia”, lo que podría darnos a pensar que, efectivamente, borra la diferencia freudiana. Sin embargo, recordemos que Freud no habla de “las angustias”, sino que, si bien hace la diferencia entre señal y traumática, las piensa en términos de modalidades del mismo afecto.

Debemos tener en cuenta el momento histórico en el que tiene lugar este seminario. Es un punto límite y de separación a la propuesta de “retorno a Freud”, dado que introducir al objeto *a* es también ubicar la angustia en torno a otro objeto que no sea solamente el falo imaginario. Entendamos que cuando digo que aparece como punto límite y de separación no me refiero a que Lacan no vuelva al texto freudiano, sino que la invención del objeto *a* le permite una lectura más allá de Freud con Freud. En esta dirección es que podemos entender que, luego de la única clase del seminario *Los nombres del Padre*, en el seminario siguiente, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, hable de “el inconsciente freudiano y el nuestro”, luego de hacer mención a lo que denominó su “excomuniación” de la IPA, fundada por Freud.

Lacan, entonces, distingue una angustia ligada al objeto *a*, y una angustia ligada al falo. Veremos esto a lo largo del seminario cuando haga uso del esquema óptico, del cual se sirvió desde el inicio de su enseñanza.

Introduciéndonos ya en el seminario, si bien los afectos en el análisis, desde Freud, es necesario que se verifiquen, por sus desplazamientos, falsos enlaces, mutaciones,

conversiones, etc., y a pesar de que al sujeto se le presenten como una verdad incuestionable; la angustia se plantea como afecto de lo real, y por ende, no engaña: “La angustia, les he dicho que es preciso definirla como aquello que no engaña, precisamente en la medida en que todo objeto se le escapa” (Lacan, 1962-1963, 236). La angustia sería, entonces, objeción a dicha necesidad de verificación.

Advirtamos que si bien Lacan toma como eje el texto “Inhibición, síntoma y angustia”, se descentra deliberadamente de él. Un ejemplo claro al respecto es que, mientras la angustia la presenta Freud como señal frente al *peligro* de una pérdida, Lacan evoca el texto pero dice que es ante la *pérdida* de un objeto. Como ya vimos, esta diferencia es fundamental en Freud, dado que permite establecer la diferencia entre angustia y duelo.

En una suerte de rectificación de un desvío que él mismo introduce en el texto freudiano, Lacan propone que:

La angustia no es la señal de una falta, sino de algo que es preciso concebir en un nivel redoblado como la carencia del apoyo que aporta la falta [...] Lo más angustiante que hay para el niño se produce, precisamente, cuando la relación sobre la cual él se instituye, la de la falta que produce deseo, es perturbada, y ésta es perturbada al máximo cuando no hay posibilidad de falta, cuando tiene a la madre siempre encima, en especial limpiándole el culo, modelo de la demanda, de la demanda que no puede desfallecer [...] Siempre se trata del *eso no falta*. (Ibíd., 64).

Considera así que, en vez de estar relacionada la angustia con el peligro de la pérdida de objeto, dicho afecto tiene lugar cuando “falta la falta”. Tengamos presente, para las elaboraciones que haremos en próximos apartados, la explícita referencia a la demanda de la cita anterior, dado que es una angustia articulada a una demanda que se propone como obturando la falta, vía un Otro omnipotente, garante, que no desfallece.

Respecto a la angustia-señal y su relación a la expectativa en el texto de Freud, Lacan menciona que se trata en la angustia de “la espera del Otro” (Ibíd., 193). El genitivo resultante de este planteamiento condensa, por un lado, la articulación entre angustia y demanda, aquello que el sujeto supone que el Otro espera de sí; y, por otro lado, la posición de espera del sujeto respecto del Otro, esperando una respuesta sobre su ser. Vemos que, tanto en una espera ligada al fantasma, como en otra ligada al Ideal, obturan la apertura al interrogante superior ubicable en el grafo del deseo: “¿Qué me quiere?”

A propósito de la distinción entre miedo y angustia que realiza Freud, considerando que en la primera podemos ubicar un objeto y en la segunda no, pero señalando también que la angustia es expectativa ante *algo*; Lacan manifiesta que la angustia no es sin objeto, y que es, precisamente, el objeto *a* al que el texto freudiano hace alusión: “Cuando Freud habla del objeto a propósito de la angustia se trata siempre de este objeto *a*, cuyas características constituyentes tan solo hemos esbozado y que estamos poniendo en el centro de la actualidad” (Ibíd., 50).

Varios de los pasajes en el seminario contradicen nuestra aprehensión inmediata de la angustia en la experiencia del análisis. Por ejemplo: “El neurótico no dará su angustia [...] que dé al menos su equivalente, porque empieza dando un poco su síntoma” (Ibíd., 62). ¿No solemos decir que la angustia engloba la mayoría de los motivos de consulta, dado que pone en cuestión la posición fantasmática del sujeto? Es así que debemos preguntarnos: ¿A qué angustia está haciendo mención Lacan? ¿Cuál es esa angustia que no parece reducirse a enunciados tales como “estoy angustiado”? Recordemos la ligazón que Freud (1908) prontamente realiza entre fantasía, síntoma y angustia, la cual mantendrá a lo largo de su obra, destacando al síntoma conversivo como el más exitoso al no dar asomo de angustia. En razón de esto, entonces, “se trata precisamente de saber dónde está verdaderamente la angustia” (Lacan, 1962-1963, 20).

Vimos previamente la crítica que realiza Freud a Rank respecto a la relación entre angustia y nacimiento. Al respecto, Lacan se pregunta:

¿A qué se debe que el movimiento de la reflexión y los carriles de la experiencia hayan llevado a los analistas, Rank en primer lugar y Freud siguiéndole en este punto, a encontrar el origen de la angustia en el nivel pre-especular y pre-autoerótico, del nacimiento, donde a nadie en el concierto analítico se le ha ocurrido hablar de constitución del yo? Ahí está sin duda la prueba de que, si bien es posible definir la angustia como señal, fenómeno de borde, en el yo cuando el yo está constituido, esto seguramente no es exhaustivo. (Ibíd., 133)

Resaltemos que, si bien Lacan insiste en el seminario sobre la angustia en términos de señal, aquí explícitamente considera que no agota la cuestión.

A continuación de la cita antes mencionado, plantea que resulta imposible ubicar una relación de semejante complejidad del yo con la angustia en un momento tan inicial: “Si luego podrá servir como señal al yo, ello es sólo por intermedio de la relación de *i(a)* con el *a*, y precisamente con lo que tenemos que encontrar en él como estructura, o sea, el corte” (Ibíd., 134); precisando que el corte del que se trata concierne a las envolturas embrionarias y no al momento del nacimiento de la criatura humana respecto de la madre.

En un momento preciso del seminario, Lacan retoma la diferencia entre angustia señal y angustia traumática, diciendo que el discurso analítico se divide, respecto de la angustia, de la siguiente forma. Por un lado, algunos ubican a la angustia como una defensa radical frente al desamparo, siendo retomada luego por el yo en tanto señal de peligros menores. Por otro lado, otros consideran fundamental la defensa para evitar la angustia. Denotándose así, señala Lacan, una paradoja, al plantearse la defensa frente a la angustia y la angustia como defensa: “De lo que se trata en realidad, no es de defensa contra la angustia, es de cierta falta, con la salvedad de que sabemos que hay, de esta falta, estructuras diferentes y definibles en cuanto tales” (Ibíd., 152).

A mi criterio, lejos de echar por tierra la hipótesis de lectura que propongo, esta referencia lo que indica no es la impertinencia de diferenciar dos modalidades de la angustia, sino, como remarca Lacan, considerar a la angustia como defensa o la necesaria defensa frente a la angustia. Igualmente, como veremos en los dos apartados siguientes, se trata, efectivamente, de estructuras diferentes y definibles de la falta, respondiendo las dos modalidades de la angustia a dichas diferencias.

Respecto al fin de análisis, el psicoanalista francés señala que no es la angustia de castración lo que constituye el punto infranqueable del análisis del neurótico. Considera que la castración imaginaria ya está marcada por el  $-\phi$  en la relación especular con el semejante, de allí las llamadas escenas traumáticas: “La fractura imaginaria presenta toda clase de variaciones y de anomalías posibles, lo cual indica ya por sí solo que algo en el material es utilizable para otra función que, ella sí, da su pleno sentido al término castración” (Ibíd., 56).

Destaca que frente a lo cual el neurótico retrocede no es la castración, sino que hace de su castración lo que le falta al Otro. De esta forma, hace de su castración la garantía de la función del Otro y es frente a esto que se detiene el neurótico: “Se detiene por una razón en cierto modo interna al análisis y que resulta de lo siguiente, que es el analista quien lo conduce hasta esa cita. La castración no es, a fin de cuentas, nada más que el momento de la interpretación de la castración” (Ídem.).

Por lo tanto, considera fundamental “diferenciar la angustia de castración respecto de lo que se mantiene en el sujeto al final de un análisis, y que Freud designa como la amenaza de castración. Éste es un punto que se puede superar” (Ibíd., 191). Dicha superación se hace posible denotando que el punto de angustia y el punto del deseo no coinciden:

En la medida en que la situación del deseo [...] no está sin embargo verdaderamente articulada en Freud, el fin del análisis da con un tope, y tropieza con el signo implicado en la relación fálica, el ( $\phi$ ), en tanto que funciona estructuralmente como ( $-\phi$ ), lo cual hace que se tome esta forma como el correlato esencial de la satisfacción. (Ibíd., 259)

Advierte que si al final de la experiencia del análisis freudiano los pacientes, sin importar su sexo, nos reclaman el falo que consideran que el Otro les debe, es resultado de una insuficiencia por parte nuestra en el momento de diferenciar la articulación del deseo con el objeto y la falta constitutiva de la satisfacción. Ya aquí podemos encontrar lo que después planteará como “no hay relación sexual”.

Prosigue señalando, que si el deseo es ilusorio, es en tanto siempre es deseo de otra cosa, dirigiéndose a un resto resultado de la relación del sujeto con el Otro, a saber, el  $a$ :

Ningún falo permanente, ningún falo todopoderoso, es capaz de cerrar con nada apaciguador la dialéctica de la relación del sujeto con el Otro, y con lo real. Si aquí nos

acercamos a la función estructurante del señuelo, ¿significa esto que debemos detenernos aquí, confesar nuestra impotencia, nuestro límite y el punto donde se quiebra la distinción entre el análisis finito y el análisis indefinido? Yo creo que no es así en absoluto. (Ídem.)

Por última, en la clase final del seminario, Lacan hace una suerte de resumen de lo hecho a lo largo del mismo, diciendo que Freud, al final de su obra, designó a la angustia como señal articulada a lo que denomina peligro, en tanto peligro vital, diferente al resultado del momento del trauma, precisando que “lo que habré articulado este año de manera original para ustedes es una precisión sobre lo que es este peligro. En conformidad con la indicación freudiana, pero articulado con más precisión, digo que el peligro en cuestión está ligado al carácter de cesión del momento constitutivo del objeto  $a$ ”, ubicando la angustia “de forma compleja con el deseo del Otro. Ya en este primer abordaje, indiqué que la función angustiante del deseo del Otro está vinculada a lo siguiente –no sé qué objeto  $a$  soy yo para dicho deseo” (Ibíd., 351-352).

### La angustia que engaña y el fantasma

Iniciemos este apartado con la siguiente advertencia: “La angustia, tomémosla en su definición *a mínima*, como señal. Como Freud la produjo al término del progreso de su pensamiento, esta definición no es lo que se suele creer” (Ibíd., 57). Ya esta cita pone en primer plano el carácter engañoso que puede tener la angustia en términos de señal.

Vimos la diferencia en Freud entre la angustia realista y la angustia neurótica, ligada a una situación de peligro adjetivada de la misma forma. Lacan (1966-1967), por su parte, considera que no hay otra realidad que la del fantasma, de allí que plantee que el fantasma tiene estructura de banda de Moebius, teniendo su superficie dos nombres: realidad y deseo. Es así que Lacan no piensa el peligro en términos cuantitativos como Freud, sino topológicos.

La supuesta diferencia entre la respuesta a una situación neurótica o real, desaparece, como ya en el mismo texto freudiano está señalado al decir que todo peligro realista, en última instancia, remite a un peligro pulsional. El neurótico se previene de algo que jamás ocurrió en los términos de la amenaza de castración imaginaria, dado que la castración ya ha sido efectuada por el ingreso en el lenguaje, y la metáfora paterna es “sólo un arreglo viable al problema de la castración” (Soler, 2007, 185). La angustia señal deviene así señal de los deseos incestuosos con total actualidad, los cuales se traducen en fantasías del porvenir, cuando no hace otra cosa el sujeto que remitirse al pasado sin recordarlo.

Desde la primera clase del seminario, Lacan dirá que la estructura del fantasma y de la angustia es la misma. Denotemos brevemente que el fantasma, ( $\$ < > a$ ), cumple varias funciones: a) Sostén del deseo, lo que evidencia la conjetura freudiana respecto a la fijación; b)

El objeto de la fórmula del fantasma, el objeto *en* el deseo, le otorga un falso ser al sujeto al cual se identifica gracias al losange; c) En solidaridad con lo dicho, cumple una función de desconocimiento. Así, el fantasma, como pantalla simbólico-imaginaria, le sirve al sujeto como marco desde el cual interpreta su realidad, pero desconoce qué objeto es en la escena en la que se sostiene; d) posee una significación absoluta.

Ahora bien, dentro de las diversas funciones del fantasma, al neurótico le sirve para “defenderse de la angustia, para recubrirla” (Ibíd., 60). Precisamente, el objeto en el fantasma, objeto *en el* deseo, objeto que Lacan llamará “postizo”, no es el mismo que el objeto *causa* de deseo. La diferencia de escritura entre ambas fórmulas lo evidencia: para el objeto en el deseo, ( $\$ < > a$ ); para el objeto causa de deseo:  $a \rightarrow \$$ .

La angustia señal engaña al sujeto en tanto, gracias al fantasma, le otorga una respuesta anticipada que lo mantiene en posición de evitación de la acción, de lo cual la duda obsesiva es muestra paradigmática. Por eso Lacan precisa que la duda no es la causa de la angustia, sino al contrario. En esta dirección, entendemos que Lombardi (2003) considere que el neurótico emplea su fantasía para mantener el deseo como inhibido. La angustia señal, como lo llamará Freud, en tanto vacuna, resulta ser peor que la incurable castración del Otro.

Considero que en Freud podemos encontrar el germen de la conjetura de la angustia señal y el fantasma en términos de engaño, en tanto plantea que la angustia es, por una parte, expectativa del trauma, y por la otra, una repetición amenguada de él: “Por eso, anticipo ese trauma, quiero comportarme *como si* estuviera ahí, mientras es *todavía tiempo de extrañarse* de él” (Freud, 1926, 155. Subrayado mío).

Es imposible anticipar el trauma, precisamente porque sólo podemos considerarlo como tal retroactivamente. Frente a la posibilidad de lo extraño, de otorgar el tiempo de extrañarse, de advertir el deseo como deseo del Otro; el neurótico prefiere el sufrimiento conocido que el enigma por resolver: “¿Qué me quiere?”. Surge allí la respuesta anticipada del fantasma, que, al confundir la demanda con el deseo del Otro, se achata en un “¿Qué espera de mí?”. Ya previamente hicimos mención al genitivo resultante de pensar la angustia señal como “espera del Otro”. Por eso Lacan, como veremos luego, señala que en el análisis se trata de llegar al punto en donde no hay nada que esperar del Otro, en tanto no hay garantía dado que también está castrado: “La existencia de la angustia está vinculada al hecho de que toda demanda, aunque sea la más arcaica, siempre tiene algo de *engañoso* respecto a lo que preserva el lugar del deseo. Esto explica también el lado angustiante de lo que, a esta *falsa* demanda, le da una respuesta que la colma” (Ibíd., 77. Subrayado mío). Es aquí donde debemos inscribir, en relación a la falta, a la angustia en términos de “la falta viene a faltar”.

Uno de los puntos más claros en donde podemos ubicar la angustia señal ligada al fantasma, es la siguiente:

La angustia, nos enseñó Freud, desempeña en relación con algo la función de señal. Yo digo que es una señal en relación con lo que ocurre respecto de la relación del sujeto con el objeto *a* en toda su generalidad. El sujeto sólo puede entrar en esta relación por la vacilación de un cierto *fading*, la designada por su notación mediante una S tachada. La angustia es la señal de ciertos momentos de esta relación. (Ibíd., 98)

Previamente marcamos la diferencia de escritura concerniente a dos modos de articulación del sujeto barrado al  $a - (\$ < > a)$  y  $a \rightarrow \$ -$ . En la cita mencionada, Lacan habla de la relación entre sujeto barrado y *a* “en toda su generalidad”. Sin embargo, la vacilación a la que hace mención, y como también señalamos, concierne a aquella bien conocida mención del momento de la angustia, donde la respuesta del fantasma resulta insuficiente y entreabre al deseo del Otro.

Esta angustia, dirá Lacan, “está enmarcada” (p. 85), y estamos advertidos de que la referencia al marco es utilizada por el psicoanalista francés para hablar del fantasma. Esta angustia señal en el fantasma ya indica que hay un más allá de ésta:

Si se enciende en el yo, es para que el sujeto sea advertido de algo, a saber, de un deseo, o sea, de una demanda que no concierne a ninguna necesidad, que no concierne a nada más que a mi propio ser, es decir que me pone en cuestión. Digamos que me anula. En principio, no se dirige a mí en cuanto presente, se dirige a mí, si ustedes quieren, como esperado y, mucho más todavía, como perdido. Solicita mi pérdida para que el Otro se encuentre en ella. Es esto la angustia. (Ibíd., 167)

Requiere una pérdida de identidad, del falso ser en el fantasma, identificado al falo que le falta al Otro. Es en referencia a esto que, respecto al fantasma de El hombre de los lobos, Lacan manifiesta que el asunto no es saber dónde está el falo, dado que está allí en todo lado, tanto en el árbol como en la catatonía del sujeto, y la quietud de los lobos mirándolo.

Precisemos que cuando digo que esta angustia señal engaña no quiere decir que sea desdeñable en el análisis, en tanto da cuenta de la posición del sujeto en el fantasma en su relación a la demanda y el deseo. Pero se trata que el análisis no se detenga allí, sino que sea un punto a franquear.

### La angustia que no engaña y el desamparo

Freud (1950), muy tempranamente en su obra, en el “Proyecto de psicología”, ubicó el desamparo en el cual el recién nacido llega al mundo, de allí su dependencia al Otro primordial, cuestión que retomará en “Inhibición, síntoma y angustia” para hablar de la angustia traumática.

Como vimos en el apartado que dedicamos a la revisión de algunos puntos sobre la angustia del texto freudiano en cuestión, denotamos que resulta provechoso

para la autopreservación “no aguardar” –*abwarten*– a que ocurra la situación de desvalimiento, sino “estar esperando” –“*erwarten*”– gracias a la señal de angustia.

Si bien Lacan sólo hace mención dos veces en el seminario *La angustia* al desamparo, resulta un error considerar que no podamos encontrar un desarrollo al respecto en su enseñanza. En su seminario dedicado a *La ética del psicoanálisis* propone una articulación entre fin de análisis y desamparo en relación a la angustia, y reencontraremos una referencia implícita a “Inhibición, síntoma y angustia” por medio de las dos expresiones en alemán antes destacadas:

¿La terminación del análisis, la verdadera, entiendo la que prepara para devenir analista, no debe enfrentar en su término al que la padece con la realidad de la condición humana? Es propiamente esto lo que Freud, hablando de la angustia, designó como el fondo sobre el que se produce una señal, a saber, la *Hilflosigkeit*, el desamparo, en el que el hombre en esa relación consigo mismo que es su propia muerte –pero en el sentido en que les enseñé este desdoblamiento– no puede esperar ayuda de nadie. Al término del análisis didáctico, el sujeto debe alcanzar y conocer el campo y el nivel de la experiencia del desasosiego absoluto, a nivel del cual la angustia ya es una protección, no *Abwarten*, sino *Erwartung*. La angustia ya se despliega dejando perfilarse un peligro, mientras que no hay peligro a nivel de la experiencia última de la *Hilflosigkeit*. (Lacan, 1959-1960, 362)

El desamparo, que Lacan ubica como estructural y no contingente, propio de la “condición humana”, no es más que la experiencia de desvalimiento en términos significantes del sujeto al deseo del Otro que manifiesta el significante de la falta en el Otro, y la cual tanto el fantasma como el Ideal, obturan con su respuesta (Vargas, 2018). El sujeto advertido del significante de la falta en el Otro, no lee su angustia en términos de amenaza de castración, sino en tanto que del Otro no tiene nada que esperar. Si previamente ubicamos a la angustia señal en relación a la falta en términos de “la falta viene a faltar” por su articulación a la demanda, aquí se evidencia el significante de la falta en el Otro. El sujeto, destituido subjetivamente por la travesía del fantasma, cae como objeto de la escena del fantasma, lo que se escribe como una pérdida devenida en causa (Rabinovich, 2010). En razón de esto es que Lacan (1960-1961) hablará del “duelo del analista”, el cual, por la mutación en el deseo que ha producido el análisis, advierte al analizado de que no hay objeto que pueda colmar el deseo.

Otro lugar en el que podemos ubicar la angustia en términos de desamparo es en la entrevista que realiza Emilia Granzotto a Lacan. Allí, al preguntarle qué es la angustia para el psicoanálisis, él le responde:

Algo que se sitúa más allá de nuestro cuerpo, un miedo, pero de nada, que el cuerpo, incluido el espíritu, puede motivar. El miedo del miedo, en resumen. Muchos de esos miedos, muchas de esas angustias, al nivel que las perci-

bimos tienen que ver con el sexo. Freud decía que la sexualidad, para el animal hablante que se llama hombre, no tiene ni remedio ni esperanza. Una de las tareas del analista es encontrar en la palabra del paciente la relación entre la angustia y el sexo, ese gran desconocido. (Granzotto y Lacan, 1974, 60)

En esta respuesta, vemos, por un lado, un “más allá del cuerpo”, es decir, que la angustia no podemos limitarla a una sumatoria de respuestas fenoménicas. También destaca el “sin esperanza” concerniente al sexo, dado que implica el desamparo de significativo dado que no hay inscripción en el Otro ni de la muerte ni del sexo. Finalmente, lo desconocido en contraposición a la angustia como señal anticipatoria de lo ya conocido.

Vimos previamente a la angustia funcionando como señal, articulada al fantasma como respuesta anticipada, vacuna que engaña al obturar la pregunta por el deseo del Otro. Ahora vemos, por el contrario, la angustia articulada al corte, en términos de discontinuidad, solidaria de lo inesperado, aquello que las respuestas fantasmáticas no anticipan:

La angustia es este corte –este corte neto sin el cual la presencia del significante, su funcionamiento, su surco en lo real, es impensable–, es este corte que se abre y deja aparecer lo que ahora entenderán ustedes mejor, lo inesperado, la visita, la noticia, lo que expresa tan bien el término presentimiento, que no debe entenderse simplemente como el presentimiento de algo, sino también como el pre-sentimiento, lo que está antes del nacimiento de un sentimiento. (Lacan, 1964-1965, 87)

La angustia señal, precisamente, funciona como presentimiento, expectativa, aquello que se prevé. Aquí se resalta una articulación distinta cuando menciona el pre-sentimiento, aquello inicial luego de lo cual podemos hablar de sentimientos, a la articulación entre significante y afecto, a saber, el deseo del Otro, por lo que aquí encuentra justificación destacar “la relación esencial de la angustia con el deseo del Otro” (Ibíd., 13).

Igualmente, si, como dijimos en el apartado anterior, la ventana que constituye la realidad del sujeto es el fantasma, ¿cómo entender que en la angustia “no hay red” (Ibíd., 17), o que “una dimensión de la angustia es la falta de ciertos puntos de referencia” (Ibíd., 72)? Estas afirmaciones se esclarecen si ubicamos la angustia en términos traumáticos, donde el fantasma vacila y se entreve lo real: “el cuadro del fantasma, que constituye toda la realidad humana, no es ninguna otra cosa más que el montaje de lo simbólico y de lo imaginario; ella se distingue de lo real que nunca es más que entrevisto, cuando la máscara que es aquella del fantasma, vacila” (Lacan, 1966-1967, clase del 16 de noviembre de 1966).

Otro de los puntos a considerar es que Lacan destaca los fenómenos de despersonalización que acompañan a la angustia. El fantasma, como advertimos, le presta un falso ser al sujeto, de allí que con su vacilación podemos ubicar la despersonalización, cuestionamiento de las

identificaciones y encuentro con el punto ciego en el espejo del Otro –castración que lo revela como deseante– que impide el reconocimiento de la imagen del yo:

Freud nos dice que la angustia es un fenómeno de borde, una señal que se produce en el límite del yo cuando éste se ve amenazado por algo que no debe aparecer. Esto es el *a*, el resto aborrecido del Otro. Lo encontramos de nuevo muy claramente en fenómenos que se hallan entre los más conocidos que acompañan a la angustia, los designados como fenómenos de despersonalización. (Lacan, 1962-1963, 133).

Antes de finalizar este apartado, considero de todas formas pertinente advertir que la lucidez freudiana ya señala un más allá de la angustia de castración, por más que sólo esté indicado mas no formalizado, con la angustia traumática. La referencia de Lacan respecto a la placenta en relación al *a* da cuenta de ello. El traspíe de Freud respecto a la ligazón entre angustia y nacimiento, siguiendo a Rank, le indicó a Lacan el camino a seguir al ubicar un nacimiento de otro orden en lo que llamó “esquema de la división”: al objeto *a* como gemelo del sujeto.

### Algunas consideraciones para la práctica analítica

Arribando a este punto, luego de relativizar la afirmación de la angustia como afecto que no engaña, considero pertinente ahora articular esto a la función del analista.

Uno de los interrogantes que Lacan plantea desde la primera clase del seminario concierne a la relación entre el analista y la angustia, relación que plantea en términos de una distancia operativa. Esta precisión nos advierte que no se trata de cualquier tipo de relación y, también, de que no podemos conformarnos con decir que el analista está en posición de semblante de objeto *a* y el analizante en el de sujeto, de modo tal que el primero estaría desprovisto de angustia, so pena de estar faltando a la posición que le corresponde: “No vamos a hacer lo que reprochamos a todos los demás, o sea, elidir al analista del texto de la experiencia que interrogamos. La angustia cuya fórmula debemos aportar es una angustia que nos responde, una angustia que provocamos, una angustia con la que, llegado el caso, tenemos una relación determinante” (Lacan, 1962-1963, 69)

Así como no se trata de que el analista esté desprovisto de sentir amor, odio u algún otro sentimiento por algún paciente, sino qué hace con ello –recordemos la crítica de Lacan al uso de la contratransferencia que realizaban los, llamados por él, posfreudianos–, considero que lo mismo debemos pensar respecto de la angustia, de allí la aclaración de la distancia operativa. En este punto, resulta evidente la articulación entre transferencia y angustia, vía el deseo del analista, el cual es un hilo conductor que atraviesa todo el seminario: “Este discurso sobre la angustia no puede mantenerse alejado por más tiempo de un abordaje más preciso de algo que aparece en mi discurso de un modo cada vez más insis-

tente desde hace algún tiempo, a saber, el problema del deseo del analista” (Ibíd., 162).

La angustia es brújula en varios sentidos en el análisis: desde la posición analizante, pasando por la del analista que inicia su práctica, hasta aquellos analistas que parecen haber devenido inmunes a este afecto, fruto de una supuesta experiencia acumulada, de haber hecho del psicoanálisis una profesión (Lacan, 1967-1968). Llama la atención que, contrario a Freud, Lacan mostró especial interés por los analistas que comenzaban a practicar el psicoanálisis, precisamente, por su relación a la angustia: “Sentir la angustia que el sujeto puede soportar los pone en todo momento a prueba [...] Pero el analista que entra en su práctica no está excluido de sentir, gracias a Dios, aunque presente muy buena disposición para ser un psicoanalista, en sus primeras relaciones con el enfermo en el diván alguna angustia” (Ibíd., 13). Este punto debe ser motivo de entusiasmo para el supuesto analista “inexperto”, así como de cuestionamiento para los que no parecen volver a encontrarla en su práctica. El deseo del analista no se apuntala en una experiencia, como acumulación de saber que vuelve a dar consistencia al Otro, de la cual espera encontrar alguna garantía del acto, de allí que dicho deseo sea sin esperanza (Vargas, 2020).

En relación a esto, y a propósito de frases que solemos repetir sin advertir sus consecuencias, considero que debemos entender que un análisis no es sin angustia, no sólo desde la posición del analizante. El acto del analista, como cualquier acto, arranca de la angustia su certeza, la cual está apuntalada en el desamparo concerniente a ese punto en el que está advertido de que nada puede esperar ya del Otro en términos de garantía. Así, el analista, advertido en su propio análisis, apuesta –otro de los nombres del acto en Lacan (1972)– e invita al analizante a un más allá de la angustia en términos de señal en el fantasma, siendo la experiencia de la travesía del fantasma solidaria de ello.

Como dijimos, en este seminario se formaliza el objeto *a*, lo que –siguiendo el epígrafe del presente texto– cobra un estatuto ético, en tanto en el análisis se trata de reconocerse como objeto causa de deseo del Otro, cuestión que está directamente relacionada con la angustia: “indiqué que la función angustiante del deseo del Otro está vinculada a lo siguiente –no sé qué objeto *a* soy yo para dicho deseo” (Lacan, 1962-1963, 352). Este reconocimiento, más allá de la identificación al falo que posibilita el fantasma, habilita al analista en su función, al destituirlo subjetivamente.

La manifestación de angustia en términos de señal, en su imbricación fantasmática, requiere su puesta en cuestión, dado que mantiene al sujeto en un sentido coagulado, previniéndolo de lo impredecible, manteniéndolo inhibido. Por el contrario, no hay un más allá de la angustia traumática, lo que marca un límite al saber que hace posible el acto.

En este punto, como lo advierte Lacan (1972, 150), el analista está en la misma posición que el padre traumático, dado que, en la reproducción de la neurosis en transferencia, reestablece el valor traumático del  $S_1$ , del fuera



de sentido, descoagulando la significación absoluta del fantasma. Sin embargo, a la angustia en el análisis “es necesario canalizarla y, si se me permite la expresión, dosificarla, para que no nos abrume” (Lacan, 1964, 48), siendo el Sujeto-supuesto-Saber artificio para ello.

Finalmente, considero que la angustia del desamparo es también el encuentro con lo contingente que ha devenido necesario, haciendo palpable la dimensión inconsciente de la responsabilidad. Por eso, si el análisis lleva a la construcción del fantasma, no se termina allí. ¿Cómo se las arreglará el sujeto con ese real indeterminado de la no relación sexual? Es por esto que un análisis tampoco encuentra su fin en la travesía del fantasma, sino en el saber-hacer de la identificación al síntoma.

Si un análisis, como lo señala Freud, no es profiláctico, es porque no se propone como anticipatorio, como ya lo hace el fantasma, sino que abre a la dimensión de la contingencia del acto, allí donde sólo aparecía la neurosis como destino.

## Conclusiones

Guiados por la interrogación de la angustia como afecto que no engaña, inicialmente advertimos en el texto freudiano a la angustia como afecto que puede manifestarse en términos de señal, como vacuna, que prepara frente al peligro de una pérdida; y en tanto traumática, como irrupción de estímulos que impide al yo preparar la defensa, dando lugar a una situación de desamparo. Así mismo, ubicamos a la roca de la castración como punto de detención en el análisis freudiano.

Dentro de los aportes realizados por Lacan en el seminario *La angustia*, consideramos como clave de lectura realizar la diferencia freudiana entre angustia señal y angustia traumática, si bien Lacan no siempre precisa a cuál hace referencia. Igualmente, destacamos la distinción que hace Lacan entre el falo y el objeto *a*, manifestando que el análisis es posible más allá de la angustia de castración al ubicar el objeto *a* en relación con el deseo del Otro.

Propusimos, por un lado, a la angustia como señal, articulada en el fantasma, como una angustia que engaña, al presentarse como respuesta anticipada. Por otro lado, consideramos a la angustia que no engaña en solidaridad con el desamparo y el significante de la falta en el Otro.

Consideramos, como saldo para la práctica del análisis, que resulta necesaria la corroboración de la angustia como otro afecto; destacamos la relación del analista a la angustia en términos de una distancia operativa para el acto analítico, así como señalamos que el desamparo de la angustia traumática resulta solidaria de no pensar el análisis como profiláctico sino acorde con lo contingente.

Finalmente, podemos decir con Lacan que, en todo caso, la angustia engaña tanto al analista como el analizado cuando creen comprender de qué se trata, al reducirla a una descripción fenoménica.

## BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1908). “Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”. En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, IX, 137-147.
- Freud, S. (1926). “Inhibición, síntoma y angustia”. En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, XX, 71-164.
- Freud, S. (1937). “Análisis terminable e interminable”. En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, XXIII, 211-254.
- Freud, S. (1950). “Proyecto de psicología”. En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, I, 323-446.
- Lacan, J. (1959-1960). *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- Lacan, J. (1960-1961). *El seminario. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lacan, J. (1962-1963). *El seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1963). “Introducción a los Nombres del Padre”. En *De los Nombres del Padre*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Lacan, J. (1964). *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- Lacan, J. (1966-1967). *Seminario 14: La lógica del fantasma*. Inédito.
- Lacan, J. (1967-1968). *Seminario 15: El acto psicoanalítico*. Inédito.
- Lacan, J. (1969-1970). *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- Lacan, J. (1971-1972). *El seminario. Libro 19. ...o peor*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1972). *Conferencia en Lovaina*. Inédito.
- Granzotto, E. y Lacan, J. (1974). “Freud por siempre”. En *Palabra plena*, Cali, Bonaventuriana editorial, 2012, 51-60.
- Lombardi, G. (2003). El empleo fundamental de la fantasía en la neurosis. En *Hojas clínicas*. Buenos Aires: JVE.
- Rabinovich, D. (2010). *El deseo del psicoanalista*. Buenos Aires: Manantial.
- Soler, C. (2007). “La angustia en la psicosis”. En *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* Buenos Aires: Letra Viva.
- Vargas, D. (2020). *El suicidio como acto y sus paradojas*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Vargas, D. (2018). Del trazo de la No-Fe de la Verdad, o por qué el psicoanálisis no es una religión. En *Desde el jardín de Freud*, 2018, n° 18, 49-61.